

JUAN XXIII: ESE GRAN

JUAN XXIII ha sido la gran figura de la Iglesia católica de estos tiempos. Como todos los santos, su sencillez venció los artificios de los hombres —eclesiásticos o civiles— sorprendiendo a todos con la única cosa revolucionaria que hay en el mundo: la práctica absoluta del Evangelio.

Ha sido el primer Papa que, de una manera completa, ha confiado en la civilización humana, mirando con optimismo el desarrollo humano. Es verdad que en Pío XII se encuentran aquí y allí algunas de estas ideas; pero las enseñanzas de Juan XXIII tienen un tono nuevo más confiado y más entregado a la labor transformadora del mundo que realizan los hombres.

El Papa Roncalli, en el segundo aniversario de su muerte, ha sido quizá demasiado olvidado por los católicos. Poco a poco olvidamos el impacto que produjo en el mundo, y queremos convencernos que todo lo que dijo es lo de siempre. No tenemos en cuenta lo que acaba de decir el cardenal Feltrin: que «la Iglesia... evoluciona en un mundo que está en perpetua evolución, y del cual es solidaria... Está en estado de progreso perpetuo, con todo lo que esto implica de dinamismo». Por eso, el mensaje de Cristo adquiere nuevas luces y desarrollos que antes no tenía, y Juan XXIII ha sido uno de los Papas en quien más fuerza ha tenido esta sana adaptación de la Iglesia a los problemas de hoy.

Como han dicho muchos comentaristas, la resistencia principal que han encontrado las doctrinas de Juan XXIII ha estado en la incuria y rutina de muchos católicos: ellos son quienes todavía piensan que el ataque y la polémica desabrida pueden conciliarse con el catolicismo. A causa de esta incompreensión de algunos seguidores de la Iglesia católica exclamaba poco antes de su muerte este gran Papa a monseñor Guerry: «El Papa me confiaba su pena al pensar en tantos hombres de buena voluntad que en el mundo piensan que la Iglesia les ataca y condena»; y añadía: «¡Monseñor, no se comprenden todas las exigencias del Evangelio!», refiriéndose, sin duda, al testimonio negativo de dureza e intolerancia que dan algunos católicos.

Todavía no hace mucho tiempo una revista francesa que publica artículos integristas, se hacía eco de las críticas subrepticias contra Juan XXIII contenidas en un folleto absurdo que se repartió sin firma a todos los Padres Conciliares.

Es preciso recordar algunas de las importantes enseñanzas de este Papa, con el fin de poder comprender el paso de gigante que hizo dar a la Iglesia este sencillo campesino.

los derechos del hombre

Este Papa escribió una Encíclica sorprendente: la *PACEM IN TERRIS*. En ella se hacía doctrina de la Iglesia algo sumamente querido de los hombres del siglo XX, sean creyentes o no: el respeto de los derechos humanos.

Cuando tantas restricciones ponemos a los derechos concretos de todos los hombres, en nombre del bien común de la sociedad, Juan XXIII aceptó la idea contraria: que «se considera realizado el bien común cuando se han salvado los derechos y los deberes de la persona humana». La única restricción para un clima de convivencia, es el respeto por todos de la ley moral natural, en todo lo que afecta al desarrollo de la sociedad. La estructura que concibe el Papa para esta última, es una estructura puramente natural, que todo hombre de buena voluntad puede aceptar, sean cuales sean sus creencias.

La religión inspira internamente a los cristianos; pero las estructuras sociales solamente deben fomentar la justicia, la honradez y la convivencia de todos.

Acepta, en líneas generales, la declaración universal de los derechos del hombre de la ONU. Incluso llega a más: piensa que todavía se puede perfeccionar más esta declaración, que solamente es «un primer paso e introducción hacia la organización jurídico-política de la comunidad mundial».

El cree que el trato entre los hombres, y entre los pueblos, debe hacerse siempre «en forma que respete íntegramente su libertad».

Parece ser el primer Papa que de una manera indubitable da a

entender que nunca debe usarse la guerra como medio de resolver los problemas entre las naciones. «Las relaciones entre los pueblos, no menos que entre los particulares, se han de regular, no por la fuerza de las armas, sino según la recta razón».

Incluso dentro de la propia Iglesia hoy resulta inconcebible una INQUISICIÓN: «Ahora la esposa de Cristo se complace en ofrecer la medicina de la misericordia, mejor que en empuñar las armas de la severidad; no es con las condenas, sino con una transmisión mucho más abundante de su valiosa doctrina, como piensa hacer frente a las necesidades de hoy».

Fue el único Papa que recibió un Premio de la Paz. Porque pensaba que él era quien «debe comprometerse a trabajar por establecer una verdadera paz, destinada a elevar a los pueblos en el respeto a la persona humana, y a procurar una justa libertad de culto y de religión; paz que favorece la concordia entre los Estados, aunque esto exija de ellos algún sacrificio. Las consecuencias naturales serán el amor mutuo, la fraternidad y el cese de las luchas entre los hombres de diversos orígenes y de diferentes mentalidades».

primacía de la conciencia

Algunos equivocadamente, aunque de buena fe, y sin darse cuenta, hacen de Dios una especie de monstruo de dureza, que pone primero sus propios derechos a la libertad de los hombres.

Cuando se discute de libertad religiosa, por ejemplo, se antepone los derechos de la verdad objetiva, a los derechos de la persona humana; olvidando que los derechos los tienen las personas, y que éstas son libres y, por tanto, deben adquirir la verdad por medio de «los caminos legítimos de la educación humana, de la persuasión interior, de la conversación ordinaria... respetando siempre la libertad personal y civil» (Pablo VI). No tiene posibilidad de alcanzar un hombre la verdad si ésta se impone físicamente o psicológicamente: el acto de fe es libérrimo.

Algunos teólogos medievales menospreciaron la fuerza primordial de la conciencia, poniendo en primer plano las instituciones eclesiásticas y su autoridad; y cuando esta situación podía producir una grave crisis en muchos católicos, apareció el Papa Juan quien recordó la única doctrina auténticamente tradicional en el catolicismo: que el criterio último de certeza está en la propia conciencia, puesto que, aun en el caso de que estuviera equivocada, el mejor camino para alcanzar la luz es seguirla sin descanso ni desfallecimiento (cardenal Newman). Todos sus discursos y encíclicas van en esta línea.

reforma de la iglesia

Pablo VI ha dicho que la Iglesia avanza; y yo añadiría: a pesar de algunos que se llaman cristianos.

La rutina y la costumbre son quizá el elemento más demoledor de nuestra Iglesia. Estos son los que impiden la puesta al día por nuestra parte; y la aceptación de la misma por parte de los que no son creyentes.

Siempre hay alguna ley o alguna orden del Santo Oficio, o de otra congregación romana, que a veces se suele esgrimir para paralizar cualquier iniciativa. Sin embargo, se da la curiosa paradoja de que, quienes blanden estas armas jurídicas dentro de la Iglesia, saben buscar para ellos mismos constantes dispensas o subterfugios, que les eximen legalmente. Por eso el Pontífice dijo con una ironía, llena de humor, que el Derecho Canónico «es una montaña imponente, pero que se termina siempre encontrando un pequeño túnel que permite pasar por debajo».

No es así extraño que, en un arranque de sinceridad, le dijese este Papa al cardenal Léger: «Hay que sacudir el polvo imperial que es depositó después de Constantino en el trono de San Pedro».

El Concilio Ecueménico, su gran intuición y su gran decisión, lo convocó públicamente, sin consultar nada a nadie: así se evitó las

OLVIDADO

Por Enrique Miret Magdalena

posibles maniobras en contra de todos aquéllos que prefieren continuar como están, antes que asemejarse lo más posible al Evangelio. La reforma de la Iglesia, y su puesta al día, pudo hacerla cuando subió al Sólido Pontificio. Hasta entonces nadie le había comprendido, ni tomado demasiado en serio; pero esta vez no hay más remedio, es el Papa quien públicamente se ha comprometido ante el mundo a convocar un Concilio reformador.

En París asistía a los conciertos modernos, visitaba las exposiciones de pintura contemporánea, y no desdeñaba nunca conversar con poetas y novelistas, como recuerda el padre Tapia, O. S. B.: Thomas Mann, Bernanos y Rimbaud son sus conocidos, lo mismo que Mauriac y Daniel Rops.

Este mismo benedictino cuenta que visitando una vez una diócesis preguntó al obispo por sus problemas, y éste le contestó al entonces cardinal Roncalli: «Tenemos una gran sequía por culpa del judaísmo y de la masonería». A lo cual hizo más tarde, el futuro Juan XXIII, el siguiente comentario: «¡Qué obispo tan pintoresco!»

Tampoco tenía el Papa mucha confianza en las elucubraciones rigurosas y abstractas de los teólogos; por eso un día que recibió a un personaje anglicano le preguntó: «¿Es usted teólogo?», y su visitante le contestó «no, por supuesto, no lo soy». Entonces el Papa, refiriéndose a la separación entre los cristianos, le dijo: «Son los teólogos los que nos han metido en estos apuros; ahora nos toca a los cristianos ordinarios, como usted y como yo, salir de ellos».

iglesia y estado

Este Papa no se metió en grandes disquisiciones teóricas sobre el tema, pero sabía que según el Evangelio «la Iglesia que usase los medios poderosos de este mundo para la conservación de su Santa unidad, y de la integridad de su fe, sería una Iglesia endeble», como dice el teólogo de confianza del actual Papa, padre Bernardo Haering, C. S. S. R.

El Papa Juan tenía la idea bien fija de que la Iglesia no es ningún organismo al estilo de las instituciones humanas, a pesar de su compleja estructura jurídica actual. Esta estructura no es esencial a la misma, en muchos aspectos, y puede ser rectificadas y reformada, para adquirir un aspecto más sencillo y menos jurídico, como quieren los obispos católicos orientales. La Iglesia, decía el Papa, «no puede ser confundida con los complejos y organismos de los hombres, dignos de respeto, sí, pero con finalidades muy limitadas y de naturaleza terrena. La Iglesia, por el contrario, es una penetración constante de la divinidad». Por eso señalaba en otra ocasión: «No confiamos demasiado en la ayuda y comprensión de las instituciones terrenas, de cualquier orden que sean —con buena o mala conducta—».

La Iglesia necesita una sana independencia de los poderes temporales, y no debe contar nada más que con sus propios medios espirituales. Lo demás es confiar en las contingencias de los hombres, haciendo depender el Evangelio de las armas o de las fuerzas humanas. Por eso monseñor Paván, el redactor de la Encíclica PACEM IN TERRIS en su esquema básico, siguiendo la línea del Papa, pensaba que el Estado debe concentrar su acción solamente en el ámbito de la ley natural, igual que pensaron nuestros teólogos clásicos, y superar la fase de los Estados confesionales, tal y como han existido hasta ahora.

El Papa de la auténtica convivencia, entre todos los hombres de buena voluntad, debe ser más recordado; y los católicos tenemos la obligación de emprender una aplicación más profunda y más auténtica de sus enseñanzas tan modernas y tan evangélicas.

Nutrir!!

es lo importante para su BELLEZA



LANCASTER

Recomienda

CRÈME TISSULAIRE	CRÈME EMBRYONNAIRE	CRÈME À L'ORANGE	CRÈME NOURRISSANTE
cutis deshidratados y delicados	cutis marchitos	cutis grasos	cutis normales y secos

ARRÊTE LA MARCHÉ DU TEMPS